

# EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



## SUSCRICION PARA ESPAÑA.

**MADRID.** ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.  
**PROVINCIAS.** ... 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.  
 Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8.  
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de  
 D. Francisco de P. Mellado.

1<sup>er</sup> Año. N<sup>o</sup> 25. — Julio 26 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas a los dibujos y a la redacción se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ, calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de España y América, a los Sres. A. Laplace y C<sup>a</sup>, calle de St. André des Arts, 47.

## SUSCRICION PARA AMÉRICA.

**ATLANTICO.** Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).  
**PACIFICO.** ... 55 » (11 ps.). — 30 fr. (6 p. »)

Se suscribe en París, calle St. André des Arts, 47.  
**PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.**

Un año, 32 fr.—Un número suelto 1 fr.  
 Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.

## PIO IX.

Juan María Mastai Ferretti, hoy Pio IX, nació el 13 de mayo de 1792 en la pequeña ciudad de Sinigaglia, situada en el territorio de la Marca de Ancona.

Dedicóse desde un principio a la carrera de las armas, y a los diez y nueve años entró en el primer escuadrón del primer regimiento de guardias de honor, donde le conocieron algunos de nuestros actuales generales. Mastai permaneció dos años en este cuerpo, pasando luego al servicio del Austria poco tiempo después de la caída de Napoleón. Pero su delicada salud no le permitió seguir arrojando las fatigas de la milicia, y abandonó la carrera para abrazar el estado religioso.

Recien ordenado apenas, Mastai recibió la dirección de un hospicio, consagrado especialmente a los huérfanos, demostrando en el desempeño de su cargo profundo talento administrativo y virtudes nada comunes.

En 1823, abandonó estas funciones para acompañar, en clase de auditor, a monseñor Musi en su viaje a Chile donde estuvo mas de dos años. Ocupaba entonces la silla de San Pedro el pontífice Leon XII que acababa de suceder a Pio VII. Mastai fué nombrado sucesivamente por este Padre Santo, obispo, presidente del gran hospicio de San Miguel de Roma, y, por último,



Su Santidad el Papa Pio IX.

arzobispo de Spoleto. El hospicio de San Miguel es una de las primeras escuelas de artes y oficios de toda la Europa: en él se han formado los artistas italianos mas notables de nuestra época, y

entre ellos el célebre Calamata.

En 1832 Mastai cambió el arzobispado de Spoleto por el de Imola. Hallábase a la sazón la iglesia bajo el pontificado de Gregorio XVI, quien le nombró cardenal en 1841.

Cinco años mas tarde, exhaló el postrer suspiro Gregorio XVI.

Entonces fué cuando el cardenal Mastai ciñó a su frente la triple corona.

Cuatro escrutinios tuvieron lugar para la elección del actual pontífice. Componíase el cónclave de treinta y seis cardenales, y en el último escrutinio fué nombrado el mismo Mastai para extraer y examinar los votos de la urna.

El escrutador leyó su nombre en la primera papeleta que estrajo, y luego en la segunda, y en la tercera, y así sucesivamente hasta veinte seguidas: no pudo continuar; la emoción ahogaba su voz, y estaba próximo a desfallecer. Entonces pidió a la asamblea la gracia de que nombrase otro cardenal que le sustituyera en sus funciones.

Acceder a esta súplica era lo mismo que dar por terminado el acto, y por consiguiente anulada la elección por falta de número.

Descansad un momento — dijeron por todas partes.

Sentóse en un sillón, quedando por espacio de

(Véase la página 390.)



## CRONICA DE PARIS.

~~~~~ No se alarmen nuestros lectores al ver el principio de esta narración: léanla con calma hasta el fin y se convencerán mas y mas de lo que son las maldades de este pícaro suelo, la perfidia de las interpretaciones y otras muchas cosas mas.

El golpe de teatro que resulta de la acción se verificó el domingo retro-próximo, en un baile matinal de campo que dió la mujer de un general que estuvo á pique de perder la vida en la guerra de Crimea.

Dícese que el último otoño llamaba la atención una dama de treinta años, linda, elegante, opulenta, con sus visitas misteriosas á una casa de la calle de San Lázaro. Sus visitas eran siempre por la mañana á la hora en que las Parisienses de la clase media vuelven de los baños. La dama llevaba constantemente echado el velo del sombrero, pasaba con sigilo por delante del antro del portero, subía de prisa sin que nadie la molestase á un tercer piso en el fondo del patio de la casa y desaparecía por la puerta de una habitación de...

« — Acabe usted, señor cronista, de la habitación de un joven! ó decirlo todo, ó no decir nada.

« — Corriente, carísimo lector. Diz, que en el primer piso de la casa vivía una baronesa que encontraba frecuentemente en sociedad á Mma. V\*\*\* aunque sin tratarse. La baronesa, jamona de cincuenta años, tenía celos de los risueños y lozanos treinta abriles de la otra, y aun de su tez nacarada. Quién de los *fashionables* de Paris no conoce á esta baronesa con su estudiado afeitado y con sus piruetas pseudo-juveniles? Aun dura la memoria del efecto joco-sério que con sus cómicas aposturas produjo en la *Chaussée d'Antin*, hace algunos años, cuando sólo contaba cuarenta, tendiendo sus redes matrimoniales á cierto vetusto marqués siciliano muy conocido por su buen gusto — en aderezar macarrones. — Sabido es que con frecuencia las matronas ya maduras y en su impotencia senil, hacen alarde de rigidez y hasta de crueldad al juzgar los actos de sus compañeras de sexo cuando son jóvenes y hermosas. Así es, que al cabo de algunas visitas clandestinas á la calle de San Lázaro, Mma. V\*\*\* se encontró lindamente comprometida á los ojos de la sociedad que frecuentaba, y varias dueñas quintañonas de la clase *burocrática* se alejaban de ella con estudiada afectación.

La verdad del caso es que la chismógrafa dama era sobrado imprudente y contó y probó con sus pelos y señales que una noche de invierno Mma. V\*\*\* había estado en el Teatro Lírico en una cerrada platea con el gallardo mozo de la calle de San Lázaro: que otra vez había encontrado á la amartelada pareja en un wagon del ferro-carril de San German, simulando perfectamente no conocerse todo el tiempo que estuvieron en el coche, mas que al salir se fueron de bracete á perderse en la espesura del tupido bosque.

Estas y otras habillitas circularon acompañadas de caritativos comentarios, á los que debió poner fin el invierno cerrando sus salones; mas no fué así, porque el núcleo social de que constituye parte Mma. V\*\*\* no se ha disipado del todo á los intermitentes rayos del caprichoso sol de julio. — Así se explica la reunión del General\*\*\* en Auteuil no hace muchos dias. La célebre baronesa macarrónica asistía á la fiesta rodeada de su cohorte murmuradora. A eso de las ocho de la noche, al ver entrar en el invernadero convertido en salón de baile á un joven, apuesto, gallardo y de modales finos, la quintañona baronesa con su máscara de albayalde y carmin, se inclinó hácia una de sus vecinas y la dijo:

« — Ese, ese es mi vecino del tercer piso...

á cuya habitación hace frecuentes visitas Madama V\*\*\*! Ella sin duda alguna ha hecho que le inviten... Semejante descaro!

« — Pero no está con ella su marido? — dijo una desgraciada y apolillada solterona mas negra y rugosa que una ciruela pasa.

« — Vea usted! el marido le habla! esto es un sarcasmo!

En efecto, en cuanto entró el joven se dirigió á M. V\*\*\* quien le alargó la mano de la manera mas franca y afectuosa.

« — Es un escándalo! — dijo la baronesa.

« — Repugnante! — añadió la ciruela pasa.

Y los dos dechados de puritanismo y de caridad se ruborizaron, — tanta era su virtud! — de la hipocresía del uno y de la crédula candidez del otro. — Entre tanto Mma. V\*\*\* apareció en el salón:

« — Ah! veamos! — dijo una de las mejeras, — observemos bien todos los músculos de su semblante.

« — No perdamos ni una palabra de lo que van á decirse!

Mma. V\*\*\*, al ver al joven, sintió su rostro encendido... con ese carmin franco hijo del contento y no de la vergüenza.

« — Gracias á Dios que te veo, — dijo — sin bajar la entonación de voz al dirigirle esta frase familiar. — Cuán dichosa me haces!

« — Hola! — exclamaron unísonas las dos arpias indignadas.

« — Infamia! maldad! mengua! repitió el coro de murmuradoras dirigido por la baronesa y la ciruela pasa, después de corrida la voz de alarma.

« — Has visto á Alberto? — Preguntó Madama V\*\*\* al joven cojiéndole del brazo y pasando por delante de las narices de las escandalizadas espías.

« — Sí, — respondió el gallardo joven, — en cuanto me vió vino á mí corriendo y me tendió la mano.

« — Jesus! cuanto me alegro!... he tenido una feliz idea en hacer que te convidasen.

« — Lo oyen ustedes, señoras? — murmuró la baronesa, — francamente, no sé si es decoroso permanecer al lado de esas jentes...

« — Sí, sí, — quedémonos aunque con rubor, con indignación, para ver cómo concluye esta intriga escandalosa! — respondió la rugosa ciruela.

En aquel mismo instante pasó por aquel sitio el general, dueño de la casa, y Mma. V\*\*\* saliendo al encuentro y cortándole el paso, le dijo:

« — General! permítame usted que le presente á mi querido hermano para quien pedí á usted la papeleta de convite!

« Este caballero es hermano de usted, señora? — celebro la ocasión de conocerle — respondió el general.

« — Su hermano! — exclamaron las dueñas. La baronesa, aturdida un instante, recobró el uso de la palabra diciendo:

« — Su hermano ese joven y gallardo mozo? No ha sido mala burla! *Engañarnos de ese modo!*

Y levantándose fué á ocultar su despecho en la espesura del jardín, murmurando entre dientes:

« — Su hermano! su hermano!... qué desgracia!

En cuanto á la ciruela pasa permaneció en su asiento flechando sus añejas y lánguidas miradas al joven reconocido ya vacante.

El fondo de esta historia es como sigue:

Habíase enamorado nuestro joven de una inglesa el último otoño: la niña era linda, pero sin el menor canto de una libra esterlina. Mma. V\*\*\* riñó, se enojó, y puso su veto á todo proyecto serio y formal en estos devaneos amorosos. La carrera, el porvenir del jó-

ven depende exclusivamente de M. V\*\*\* y este invierno pasado, estando de vuelta la hija de Albion en Paris, Mma. V\*\*\* exigió al loco enamorado que fuese por espacio de tres meses á arreglar ciertos embrollados asuntos de los altos hornos de Aveyron. Nuestro mocito se dió de mano, concluyó pronto y volvió clandestinamente á Paris... obediente al yugo del rapaz vendado — estilo clásico. Súpolo Madama V\*\*\*, y mirando por los intereses de su hermano, le obligó á permanecer oculto hasta la fecha fijada para su venida. Vuelta la inglesa á Plimouth, pudo el joven recluso dejar su escondite y dar por terminada oficialmente su misión á los altos hornos de Aveyron. En cuanto á su aparición en la sociedad, ya la conocen mis lectores. La historia es bien sencilla. Sin embargo... váyase á persuadir á la turba-multa que esa mujer bondadosa, que esa excelente hermana no tiene un galán á quien visita á hurtadillas! De seguro que no es la macarrónica baronesa quien levante la cruzada en favor de la inocente víctima de su calumnia, mas bien que de su maledicencia.

Añadirémos para concluir que sería fácil multiplicar los casos de semejantes injusticias sociales. Nos complacemos en dejar consignado este acto noble, haciendo resaltar su acendrada inocencia. A pesar de las iniciales con que la hemos designado á la aventura, la buena sociedad reconocerá á nuestra heroína: también creemos que las pinceladas con que hemos caracterizado la figura angulosa de la baronesa, la harán igualmente conocida de todos y apreciada en su valor su despreciable conducta.

~~~~~ Las pocas familias de la alta sociedad que aun permanecen en Paris, se hallan á la fecha en que escribimos sumamente preocupadas por un escandaloso acontecimiento que no deja de tener alguna analogía con ciertos episodios del proceso Lafarge.

El hecho es tal como sigue:

En la primavera del año próximo pasado, una joven y linda señorita de la nobleza se desposó con un caballero que, si bien carecía de pergaminos y de abuelos ilustres, contaba por miles de miles los retratos en oro del actual emperador de Francia, y por docenas las abultadas carpetas de billetes de banco. No pudiendo ofrecer á su esposa una corona de condesa con siete puntas adornadas de perlas, ofrecióla en cambio un verdadero río de diamantes. Verdad es que los lacayos de la desposada no tenían en los botones de la librea mas que unas imple cifra, y que los costados de sus carruajes se hallaban completamente desnudos de todo blason heráldico; pero en cambio aquella cifra se reproducía sobre tanto número de ricos muebles, de lujosas telas, de vajillas y piezas de plata, de magníficos cuadros, de alhajas de toda especie, etc., etc., que el ajuar de esta señora sin título valía mas que el de una reina. Tenía un inmenso baño de plata, cincelado, para sumergir sus alabastrinas formas.

Los dos esposos abandonaron en el mes de abril último su pequeño palacio provisional de la calle Blanca (y decimos provisional, porque estaban construyendo otro mas vasto en el cuartel Beaujon) para ir á visitar varias propiedades que el pequeño Crespo poseía en la Sarthe, donde era consejero general, y sobre todo, verdadero marqués... de Carabas. Desde allí partieron en seguida para las nuevas provincias francesas de Italia, sin duda con la esperanza de encontrar un sol limpio de nubes, y un cielo menos plomizo que el nuestro.

Hace quince dias, M. C... ha vuelto á Paris llamado por sus negocios; como es natural, su señora le acompaña en este viaje. Una vez despachados sus asuntos, los felices esposos pensaban ir á gozar lo que resta de la bella estación á las orillas del Rhin. Pero el acontecimiento que vamos á reseñar á nuestros lectores ha venido á contrariar sus planes.



Cuando Mme C... abandonó á Paris hace tres meses, confió la custodia de su pequeño palacio á una amiga de pension, viuda desde hace un año de un negociante extranjero. Pues bien, hace algunas semanas, la tal viuda escribió á Mme C..., entonces en Niza, diciéndola: « que se veía en la precision de marchar á Holanda para arreglar algunos asuntos con la familia de su difunto marido, y que por tanto — aunque, con el mayor sentimiento — le anunciaba que en aquella fecha cerraba la casa que se le había confiado. Las llaves, — añadía — las dejo dentro de una cajita sellada en poder del escribano M. N... » Hasta aquí la carta de la viuda.

De vuelta en Paris, los esposos C... se dirigen á su casa despues de haber recogido las llaves en el sitio indicado. Al penetrar en ella, lo primero que se presenta á su vista es un armario de espejo y un *secrétaire* hechos pedazos: una de las ventanas de la alcoba donde dormía la señora estaba con los cristales rotos y las persianas abiertas. Mandóse reconocer el muro exterior por un arquitecto; pero las minuciosas investigaciones del facultativo dieron por resultado una cosa estraña y chocante: ¡no había en todo él ni la mas mínima señal de escalamiento! La alcoba fracturada caía sobre un patio dividido en dos para el servicio de las casas contiguas, y el conserje, que tenía su habitacion en la parte mas avanzada, corroboraba las afirmaciones del arquitecto jurando y perjurando que nada había visto ni oído.

El armario de espejo encerraba una porcion de preciosidades contenidas en una cajita de hierro oculta en el fondo, cajita que ha desaparecido. El robo consiste, en un collar, condos hilos de diamantes, un broche, dos botones con caireles, una peina y dos alfileres de cabeza, todo por supuesto salpicado de ricos brillantes, cuyo valor asciende á 94,000 francos. Además, un carton de abanicos, dos magníficos pañuelos de cachemira de la India, — uno color de rosa muy raro, y otro negro — una suma en oro bastante respetable y diversas alhajas secundarias. Importe total de la sustraccion, 150,000 fr. próximamente!

Antes de someter los hechos á la accion de los tribunales, Mme C... escribió á su ex-amigo de colejo la siguiente carta, cuya copia no tiene inconveniente en leer á cualquiera que lo pretenda:

« Tengo el verdadero pesar de decir á usted, que de la habitacion, *cuya custodia me pidió usted con tanta instancia*, me han robado mis diamantes, mis abanicos, mis pañuelos de cachemira, y además una fuerte suma de dinero en metálico. En vista de tan estraño acontecimiento, no puedo dispensarme de decirle, que si no viene usted acto continuo á dar á mi esposo las necesarias y oportunas esplicaciones sobre este inconcebible robo, corre usted el riesgo de una grave responsabilidad.

» Espera á vd. con la mas viva impaciencia.

» Emma C\*\*\*. »

Como se vé, la carta estaba concebida en términos que equivalian á una acusacion. La viuda contestó altamente indignada de semejantes sospechas, anunciando que estaria en Paris para el día 10 del corriente. Hoy estamos á 19, y esta es la fecha en que ni la *indignada* viuda ha parecido, ni se sabe tampoco por donde anda. Suprimimos aquí una multitud de curiosos detalles, averiguaciones, pruebas y comentarios relativos al acontecimiento en cuestion. La familia de la viuda afirma con calor que la interesada está para llegar de un momento á otro de su viaje á Holanda.

Nada mas podemos añadir, y esperamos, seguramente con menos impaciencia que los esposos C..., el desenlace de este negocio.

« — Vive aquí la señora de Rostain?

» — En el primer piso, qué se le ofrece á usted, caballero? — responde la hija del portero, desde el chiribitil con pretensiones de *conserjería*.

El caballero sube. Era éste un jóven elegante, agregado con sueldo á una de las legaciones del Norte. Había sido presentado á la baronesa, una de las notabilidades de las esferas rentísticas, en una comida que dió el mes último cierto empleado superior del Banco de Francia. Sabido es que la señora de Rostain es cuñada de la hermosa Mma. Charles Stern de Sternberg, una de las beldades de Berlin. Nuestro aprendiz diplomático debía ir á desempeñar sus funciones á la capital de Prusia, y había hecho grandes esfuerzos de amabilidad con la baronesa, á fin de obtener, en un momento dado, un título de recomendacion para su cuñada de Berlin, acerca de la cual sabía nuestro elegante cierta anécdota muy curiosa, que cambió su deseo de conocerla en idea fija, en un *desideratum* verdaderamente imperioso! No nos aventuraremos á asegurar que Alberto de Lay... no hubiese solicitado el empleo de Berlin, por conocer á la fascinadora heroína de la secreta aventura, á quien adoraba ya en su imaginacion.

Sube, llama y le abren.

» Tenga usted la bondad, caballero, de decirme á quien tengo el honor de anunciar.

» — El conde de Lay!... »

Pasa al salon y encuentra á dos señoras que departian familiarmente en traje de casa, con guantes de Suecia y zapatillas turcas.

El jóven, absorto en su preocupacion absoluta, dirige el saludo mas gracioso de su repertorio á la señora á quien él conoce, se inclina con negligencia delante de la otra, en quien apenas fija la atencion, y habiéndose sentado lo mas cerca posible de la que desea interesar por su secreto proyecto berlinés, se lanza en una inagotable serie de historias, anécdotas, críticas y observaciones, que tienen por objeto, si no por efecto, grangearse las simpatías y una recomendacion eficaz para Mma. Stern de Sternberg, mujer de talento, de imaginacion, y fatalmente relegada tan lejos de la capital del mundo civilizado!

Pero la señora de Rostain se encuentra perpleja con esta preferencia. Aprovechase de un momento en que deja de hablar el diplomático para decirle, indicándole su vecina de sofá:

» — Presento á usted á mi cuñada, caballero! »

El diplomático, fijo en su idea, se levanta apenas del sillón, saluda friamente y sin mirar siquiera, y continúa sus apasionados relatos con que pretende deleitar á la primera.

Mientras narraba algunos incidentes, mas ó menos singulares y chistosos, el personaje mudo de este trío, dejaba asomar á sus labios una sonrisa estraña. Nótese el lindo Alberto, cree que la dama se burla de él, y redobla su celo y solicitud hacia Mma. de Rostain y de desden á su vecina! Despues de media hora que duró esta escena, sin cesar de pavonearse, se presentaron algunas visitas: levántase con sentimiento, hace una inclinacion de cabeza á la persona sospechosa y dice á la otra:

» — Espero, señora, que me permitirá usted venir á presentarle mis respetos antes de mi marcha para Berlin... Si se le ofrece á usted algun encargo para su cuñada tendré un placer bien sincero...

» Habla usted de Mma de Sternberg?

» Sí, señora, de esa linda Prusiana á quien deseo con ansia ser presentado!

» — Caballero, hace una hora que está usted en su casa.

» — Cómo, señora!

» — Ciertamente, usted me encuentra aquí haciendo visita de confianza á una vecina, en casa de mi verdadera cuñada, llegada á Paris hace un mes y que habita este piso contiguo al mio.

» — Pero... cómo... es posible... yo!... »

Confundido, dirige su vista á la que en su estrema preocupacion tratara con tanto desden y hasta con grosería, ocupándose sólo de Madama de Rostain, pretendiendo con su labia y su amabilidad exageradas obtener una recomendacion para aquella á quien tanto deseaba conocer! Al contemplarla, aunque tarde, se convenció sorprendido y maravillado de la rara hermosura de esta heroína cuya curiosa y picante historia había llegado á sus oídos, siendo el tercero ú cuarto confidente de ella... Pero Mme de Sternberg, ocupada exclusivamente con sus visitas, no prestaba atencion ninguna al pobre chasqueado, pálido, mortal y frío como una estatua.

« — Adios, caballero, dijo friamente Mme de Rostain, poniéndose al nivel de su pariente, quien heria de muerte con su disfavor al infeliz diplomático. »

Apercibiéndose éste de su naufragio, no supo mas que saludar con poca gracia y salió. Detúvose algun tiempo perdido entre las puertas de la antecámara y en tanto oyó que Mme de Sternberg decia en alta voz:

« — Willhem! si ese caballero rubio vuelve á presentarse por casualidad, ya sabes la orden: nunca estoy en casa. »

Al día siguiente, Alberto, en el colmo de su desconsuelo, suplicó á su protector en el ministerio de negocios extranjeros que le agregasen á la embajada de España, renunciando á Berlin y á sus ensueños... prefiriendo ir á construir castillos... en España, — como dice singularmente el proverbio francés!

~~~~~ Un periódico de Londres, el *Correo de Europa*, publica el siguiente

ANUNCIO. — Una jóven de 19 años, de esterior agradable, modales finos, que ha estudiado todo, desde la creacion al gancho de labor, desea colocarse al servicio de un *gentleman*. Allí será de cargo de la jóven la presidencia de la mesa, la administracion de la casa, reñir á los criados, cuidar á los niños, examinar las cuentas del carnicero, panadero, etc., acompañar al señor al teatro y al paseo, cortar las hojas de los libros nuevos, y en general hacer cuanto la sea posible para complacerle y proporcionarle una existencia dulce y grata. — La direccion por escrito á « Luisa Carolina Pleasan Grove, » y en segunda instancia á papá con las mismas señas.

~~~~~ Respuesta de un niño:

Pasaba éste con su madre por la calle Taitbout: la madre caritativa dió una moneda á un pobre que la pedia limosna:

« — Qué dice, mamá? preguntó el opulento niño?

» — Dice que no tiene pan...

» — Ah!

» — Qué! no tienes lástima de ese pobrecito infeliz?

» — No, mamá, me gusta tanto comer todos los platos sin pan! »

~~~~~ Séanos lícito aventurar un neologismo, aun á riesgo de hacer estallar á M. Vernet, quien acaba de escribir una deliciosa y colorida epístola sobre las palabras nuevas: — trátase de los hombres *costureros*...

Es el masculino de costurera, y no nos sería posible espresar con una sola palabra esta nueva profesion del sexo fuerte. Porque es verdad (y mis lindas y amables lectoras lo saben sin duda mejor que yo) Paris tiene ahora su especialidad de *costureros*.

Son los sastres de las señoras, — no para el caso único de los vestidos de Amazonas, — sino para los de mañana y de noche, para los ricos trajes escotados, para todo lo que no concierne á su pristino estado! Y cuéntase que hay maridos que consienten á sus caras mitades ponerse en manos de estos industriales revolucionarios... Despues de mencionar el hecho, su novedad y su inconveniencia, omito los comentarios y á quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga.

JULES LECOMTE. — (A. L. de B.)



Teatro imperial de la Opera. — *Semíramis*. (acto 2º)





*L'Indipendenza*, antiguo *Veloce*, entrando en Palermo, el 12 de julio, con dos presas hechas á la escuadra napolitana *l'Elba* y el *Duque de Calabria*. conforme á un dibujo de los señores Billardet y Lainé.



ASUNTOS DEL LIBANO. — El R. P. Roasseau dando sepultura á las víctimas que encontró al buscar el cuerpo del gran vicario M<sup>re</sup>. Boutros.



algunos minutos pálido é inmóvil como un cadáver. Uno de sus cólegas le presentó un vaso de agua que bebió profundamente conmovido. Sus mejillas estaban inundadas de lágrimas.

Al fin se levantó, y, dirigiéndose de nuevo á la urna, sostenido por dos cardenales, continuó con lentitud el interrumpido escrutinio. De las treinta y seis papeletas, las treinta y cinco tenían su nombre.

Entonces el sacro colegio se puso en pié, y las bóvedas de la capilla resonaron con los ecos de su aclamacion. El nuevo papa se habia postrado de rodillas y elevaba su alma al omnipotente.

Después de algunas ceremonias de costumbre, uno de los cardenales se aproximó á él preguntándole si aceptaba la tiara. — Mastai respondió que se conformaba con la voluntad del Eterno, y que tomaba el nombre de Pio IX.

Ala mañana siguiente se anunció al pueblo desde lo alto del Quirinal el resultado de la eleccion, y por la tarde el pontífice entró en el Vaticano.

Siete dias despues se verificaba en la iglesia de San Pedro la ceremonia de la coronacion.

Las costumbres de Pio IX son de una sencillez y de una regularidad patriarcales.

Levántase todas las mañanas á las siete, dice misa á los ocho y media en su oratorio, y, tras un ligero desayuno, entra en su gabinete, cuyo ajuar se reduce á dos sillas, una para él y otra para quien vaya á visitarle, y á una mesa con un crucifijo encima. En medio de esta severa modestia es donde se discuten los intereses de la cristiandad, y donde se despachan los diferentes y penosos trabajos del pontificado.

Cerca de las tres, el pontífice entra en la sala comedor. Allí nadie le acompaña: siempre come solo, con arreglo á la etiqueta papal establecida por Leon X. Su comida es tan parca, tan modesta, que un escudo romano seria suficiente á pagar su costo. Una corta siesta, algunas visitas y un rato de paseo le absorben el tiempo hasta las seis, hora en que vuelve á entrar en su gabinete, y trabaja hasta las diez de la noche.

La fisonomía de Pio IX espresa en alto grado la inteligencia y la bondad.

Su frente es espaciosa, y su nariz aguileña tiene un carácter noble y distinguido. La boca avanza un poco hácia la barba, y la continúa oscilacion nerviosa, casi imperceptible, del labio superior aumenta notablemente el encanto de su sonrisa.

Esta cabeza espresiva y hermosa está animada por dos grandes y negros ojos; pero ¡cosa extraña! toda la parte derecha del cuerpo es mucho mas débil que la otra, pudiendo notarse perfectamente que el párpado del ojo derecho está mas caído, la mejilla menos llena, y hasta la oreja de aquel lado parece mutilada, como por algun accidente de la infancia.

En fin, toda la persona del papa Pio IX respira una gran distincion, y sus maneras son dulces y de una benevolencia estremada.

Tal es el retrato de este pontífice que ha visto pasar delante de sí tantos acontecimientos, y que soporta con tanto valor como resignacion el peso de su tiara.

LEO DE BERNARD.

(Trad. F. de la V.)

#### EL R. P. ROUSSEAU DANDO SEPULTURA A LAS VÍCTIMAS DE SAIDA (SIRIA.)

Cada dia vienen á conmover nuestro espíritu las noticias de nuevos asesinatos cometidos en Siria. Los horribles acontecimientos que las publicaciones periódicas registran en sus columnas demandan al cielo venganza.

Desde los últimos dias del pasado mes de mayo, los Drusos de la montaña dieron principio á sus vandálicos y sangrientos atentados. — El terror de los cristianos ha llegado á su colmo. Los infelices no han tenido nadie que los defiendan, ni otro socorro que los aislados sacrificios de algunos hombres de corazon, como el R. P. Rousseau. Nuestro grabado reproduce hoy el acto de piedad heroica de este venerable religioso.

El 20 de mayo se presentó á las puertas de Saida el gefe de los Drusos al frente de sus salvajes hordas y de un centenar de musulmanes, desparramándose en seguida por los jardines para asesinar á cuantas familias cristianas encontraban á su paso. Escitados los hijos de Mahoma desde algunos dias antes por las fanáticas predicciones del *mufti*, especie de patriarca ó juez supremo, han hecho una verdadera carnicería, dejando un inmenso rastro de sangre en pos de su destructora huella. No parece sino que el Islamismo ha querido esterminar de un solo golpe á los adoradores de la Cruz y sustituir la barbarie, patrimonio de su degenerada raza, á la civilizacion, hija del Evangelio.

En su delirio, estos fanáticos no se han contentado con entregarse al asesinato y al pillaje, sino que han llevado su rabioso encono hasta el extremo de hacer pedazos los cadáveres de sus víctimas, arrojando al aire entre horribles gritos de júbilo sus palpitantes miembros, sus todavía calientes entrañas, dejando despues insepultos estos sangrientos despojos para pasto de los buitres y de los perros.

Estas profanaciones sublevaron hasta tal punto la generosa alma del R. P. Rousseau, que, decidido á todo trance á dar sepultura á estas víctimas esparcidas acá y allá, se presentó el nueve de junio al cónsul francés para pedirle tres genizaros que le ayudasen en su triste cuanto noble y piadosa mision. Estremece el fúnebre relato que este digno y valiente religioso hace de los asesinatos cometidos en Siria:

« A diez minutos de la ciudad, — dice — vimos » sobre el camino de Tiro al cadáver de un sacerdote, ya en putrefaccion, cuyas piernas y entrañas habian sido devoradas por las aves de rapiña. Dímosle sepultura, y continuando nuestra marcha, encontramos pocos pasos mas adelante el esqueleto de un jóven como de doce años: la carne, recientemente arrancada de los huesos, habia desaparecido casi por completo: sólo quedaban adheridos al húmero algunos trozos magullados y llenos de gusanos.

« Una mujer turca nos llevó al sitio donde » estaban otros tres infelices sacerdotes: condujimos sus despojos mortales, medio devorados por los perros, á la primera fosa. Llegamos despues al lugar en que fué muerto y dividido en cuatro pedazos el gran vicario Monseñor Boutros; por mas que buscamos, no pudimos encontrar sino la cabeza de este venerable sacerdote. Los restos de su hermano y de su hermana — asesinados en el mismo sitio que él — estaban igualmente dispersos y devorados. Seguimos adelante, y mas allá, encontramos en un solo sitio doce sacerdotes y cuatro cristianos, cuyos despojos eran presa de un gran número de perros en el momento en que nosotros nos acercamos. Costónos gran trabajo ahuyentar á estos animales, y á duras penas pudimos hacer, gracias á sus continuas acometidas, la inhumacion de aquellos infelices. »

Oh! para desempeñar esta heroica mision bajo el ardiente sol de la Siria, con un calor de mas de 35 grados, y aspirando los corrompidos miasmas de tantos cadáveres completamente descompuestos, preciso es convenir en que se necesita una grandeza de alma á toda prueba!

El R. P. Rousseau trabajó todo el dia, teniendo

que arrostrar á cada paso graves peligros. Frente á frente como quien dice á los encarnizados enemigos del nombre cristiano, espuesto á cada instante á ser sorprendido en su generosa tarea por los degolladores, obligado á defenderse de enormes reptiles, este dignísimo sacerdote se ha hecho acreedor por su heroico sacrificio al elogio público y á las bendiciones de sus hermanos de Europa. Era ya la puesta del sol cuando volvió á la ciudad, rendido de fatiga y medio envenenado por el olor de los cadáveres.

Al dia siguiente quiso emprender de nuevo su obra meritoria; pero esta vez el cónsul usó de toda su autoridad prohibiéndoselo de una manera absoluta.

LÉO DE BERNARD.

(Trad. F. de la V.)

#### REPRESENTACION DE LA SEMIRAMIS EN LA ÓPERA.

(Decoracion del segundo acto.)

En nuestro juicio, la Ópera tendria derecho á arrogarse el título de *Academia imperial de pintura escénica*. En todas épocas se ha esforzado esta gran escena en deleitar la vista tanto como el oído: el lujo en las decoraciones ha rivalizado y vencido con frecuencia el efecto de la música que allí se ejecuta.

Fácil nos seria probar que esta tradicion tiene un origen muy remoto, escribiendo la historia de este teatro. Mas sobre todo, lo que no puede negarse es que la actual administracion pone todo su conato en hacer mas y mas evidente esta verdad, sobrepujándose á sí misma con la pompa y maravillas escénicas con que seduce, embelesa y fascina cada noche á sus fieles espectadores.

Quiérese una prueba de este lujo y esplendidez en el aparato escénico? Ahí está la representacion de la *Semiramis*: la direccion de la Ópera ha recojido un digno y glorioso triunfo. Los trajes son preciosos, lo mismo que las decoraciones, lo uno y lo otro ejecutados segun los mejores documentos arqueológicos. Los sastres y pintores, á quienes por orden superior se les habia prohibido crear una nueva guardaropía y los suntuosos palacios de Babilonia, se han visto estrictamente precisados á renunciar á los ensueños de su fantasía y á contentarse con el papel de concienzudos y graves restauradores de esta antigua epopeya. *Semiramis*, considerada por el prisma de la leyenda, no se presenta ante la imaginacion mas galana, mas rica y suntuosa, ni su fantasma mas noble y magestuoso que en los lienzos del célebre pintor M. Roger.

Hemos estado perplejos en la eleccion de las cuatro decoraciones de la ópera al ver de trasladar una al album de nuestro dibujante; y si hemos elegido la del segundo acto, es porque representa los soberbios jardines suspendidos, obra de esta reina, y uno de los mas espléndidos recuerdos de su magnificencia. Tambien encierra el segundo acto la grande escena fantástica del drama. Nino sale de su tumba al eco de una música divina que constituye una de esas páginas fúnebres que honran al gran compositor.

ALBERTO DE LASSALLE.

(A. L. de B.)

#### LOS CIRCULOS DE PARIS.

Fácil es de espresar lo que distingue los círculos de las otras reuniones.

Siempre que varios hombres se reúnen en un sitio determinado, tienen por objeto un fin cualquiera, ó una apariencia de tal, que viene á ser lo mismo.

Las *juntas pacíficas* son originadas por la curiosidad; los *corrillos* por el desorden.



Instituyéronse los *concursos* para escitar la noble emulacion en las artes y en la industria; las *cámaras*, para confeccionar — y muchas veces demoler — las leyes; los *talleres*, para el trabajo; las *congregaciones* religiosas, para la oracion y la piedad; los *circulos*... para nada absolutamente.

Nunca será bastante cuanto malo se diga de los tales circulos; ellos han dado el primer golpe de muerte al hogar doméstico.

¿Cuál fué el origen de estas reuniones? Lo ignoro, y confieso con toda humildad que no he puesto de mi parte medio alguno para averiguarlo; porque me sería muy sensible tener que denunciar al pueblo como primer autor de tan insulsos conciliábulos.

Aquí vendría como de molde, siendo además de un esquisito gusto, el hacer una larga disertacion sobre el *Poss-Comitatus* de los antiguos, sobre el *Ridoto* de nuestros vecinos de allende los Alpes, y sobre el *club* de los habitantes de ultramancha; pero en vista de que no hay una imperiosa necesidad, no me arriesgo á ello por temor de fastidiar á mis lectores; quiere decir que guardaré la especie para mejor ocasion.

No faltará quien diga, que en este momento me parezco á aquel célebre charlatan que á grandes gritos dirigia la palabra al público, parado ante su puerta, exclamando:

— «Entrad, señores y señoras, entrad sin miedo en mi gabinete. En él verán ustedes la gran serpiente boa de veinte y cinco piés de longitud, la cual devora á un hombre lo mismo que si fuera un rábano. — También verán ustedes la serpiente de cascabel, originaria de los desiertos de América, la gran serpiente negra de la isla de Java, y otras mas ó menos feroces y dignas de estudio.»

Y como la multitud ama siempre todo lo que es odioso y repugnante, la inmunda barraca del charlatan naturalista se llenaba de curiosos, ávidos de contemplar aquellas decantadas maravillas. — Pero nuestro hombre enseñaba entonces á su querido público algunos monos y papagayos, dos ó tres gatos monteses, una serpiente... rellena de paja, y varias culebras cojidas en el bosque de Fontainebleau. A esto se hallaba reducido todo.

Esta parábola hará comprender á mis lectores que algo hay que agradecerle al pobre narrador que, á riesgo de pasar por un ignorante de á folio, tiene la rara cortesía — muy rara en estos tiempos — de no enseñar aquí las culebras que á poquísima costa hubiera podido recojer en la floresta de otros autores.

Ya fuese en París ó en Roma, en Madrid ó en Viena, en el Cabo Verde ó en las orillas del rio Amarillo, es lo cierto que un dia se reunieron fortuitamente cinco ú seis célibes, y, encantados de la aventura, quisieron suplir en adelante á la casualidad que los habia reunido. Uno de ellos, — sin duda el mas egoísta, — dijo á los otros:

« — ¿No opinan ustedes, señores, que sería muy bueno y muy oportuno designar un lugar cualquiera, donde pudiéramos reurnirnos cada dia en determinadas horas para aburrirnos en amor y compañía? »

Los oyentes, que de seguro no esperaban una mocion tan absurda, respondieron balbuceando:

« — No vemos en ello inconveniente alguno.

Y este fué el dia en que se fundó el primer círculo de los *Pelmas*, y me atrevo á apostar algo bueno á que todavía existe.

Como es natural, el afortunado célibe que tuvo tan peregrino y útil pensamiento, fué elegido presidente de la nueva *cosa*, y acto continuo se posesionó de ella en el pleno ejercicio de sus elevadas funciones.

— El círculo es obra mia!! — se dijo — y estaba tan orgulloso de ser un *pelma*, como un señor

feudal de los cuarteles de su escudo. — Cualquiera diría que acababa de poner una pica en Flándes. Pobre hombre!

Desde el memorable instante en que salió á luz este parto fecundo, en que resonó en los aires este nuevo grito de *ureka*, la vida de nuestro célibe, hasta entónces tan pacífica y sosegada como las aguas del lago Tranquilo, tornóse agitada y llena de graves ocupaciones. El presidente del círculo abdicó las dulzuras de una plácida existencia sin cuidados ni quehaceres, trocándolas por la fatigosa tarea de cazador de solterones.

Levántase con la aurora, recorre de un extremo á otro el barrio del *Marais*, y tan pronto como descubre á un hombre mayor de cincuenta años asomado á su ventana, con la cabeza envuelta en un pañuelo y el cuerpo en una bata de moleton, el buen presidente se llega á él y le dice:

— Caballero, ¿gusta usted formar parte de nuestro círculo?

— *Nuestro círculo!*... — responde el señor del pañuelo: — y ¿qué es eso de *vuestro círculo*? dígnese usted explicármelo.

— Con muchísimo gusto, caballero. Nuestro círculo es, como si dijéramos, el hogar de los que no le tienen.

— Yaaaaa!!

— Ni mas ni menos, amigo mio. La definicion que he tenido el honor de hacer á usted, es exactísima.

— Permítame usted una pregunta, caballero, — repone el hombre de la bata: — ¿se juega al dominó en vuestro círculo?

— Aun no se juega, pero se jugará, si le es á usted agradable.

Aquel mismo dia contaba el círculo un sócio mas en su nómina.

Los jardines públicos son tambien excelentes lugares para el reclutamiento. El cazador de solterones no los echa en olvido, y vuela hácia ellos en busca de nuevas *piezas*. Así que divisa á lo lejos un individuo ya maduro, del pelo gris y traje color de castaña, gravemente entretenido en trazar figuras con la contera de su baston sobre la arena de las calles, corre hácia él gritando:

— Mi respetable y querido señor! ¿qué hace usted aquí tan solo? ¿usted se aburre, á no dudarlo! Venga usted, venga usted á *nuestro círculo*! allí estará usted como en su propia casa! Oh! el círculo es la familia de los que carecen de ella!

— Y diga usted — pregunta el interpelado abriendo demesuradamente los ojos, como aturrido por la noticia: — ¿tienen ustedes gacetas y periódicos?

— Ya lo creo que tenemos! y boletines, y diarios de anuncios, y cuanto usted quiera!

El traje castaña se pone en pié, sigue al dichoso mortal que acaba de capturarle, y á los pocos minutos queda admitido por unanimidad de votos en el seno de la institucion, y convertido en *poste* ó pilar, que viene á ser lo mismo, de aquella elevada y utilísima fábrica.

Su digno presidente, nuestro nunca bien ponderado cazador de solterones, concurre tambien á los teatros, donde suele hacer con frecuencia numerosas conquistas. Prueba infalible, — y sea dicho entre paréntesis, — de que los necios abundan en todo lugar, y que es la cosa mas fácil del mundo el darles caza.

— Venga usted, caballero, — dice nuestro presidente, con acento meloso é insinuante, al pobre espectador que bosteza dentro de su frac azul con boton dorado, — venga usted á *nuestro círculo*! todos nosotros somos apasionados amantes de Melpómene y de Talía. Venga usted, y hablaremos largamente de la *Julietta*.

— ¿Son ustedes amigos suyos?

— Tenemos ese honor, pero se lo digo á usted en confianza, porque no á todos se lo confieso.

— Ni yo, que tambien lo soy. Oh! la discrecion es la divisa de los caballeros franceses!

Y reclutador y reclutado se dirijen al círculo, dándose golpecitos en la barriga, como hombres altamente satisfechos de sí mismos.

El porvenir del círculo quedó para siempre asegurado, desde el dia en que se logró tener en él por cinco miserables francos una comida mas suntuosa que en la propia casa por un luis de oro.

Ningun daño resultaria en verdad porque estos pobres solitarios se reunieran con el objeto de pasar una vida alegre y regalada. Desgraciadamente no consiguen el fin que se proponen, y su ejemplo es en extremo pernicioso al orden social.

Y no le consiguen, porque no es dado al hombre crearse una familia siempre y cuando le convenga, no. Las alegrías del hogar doméstico, los santos placeres de la familia pertenecen sólo á los que han tenido el valor suficiente para soportar las amarguras que traen consigo los nombres de esposo y de padre.

Sin separarnos del círculo de nuestros conocidos hallaremos la triste prueba de esta verdad.

Mis lectores recuerdan al ilustre miembro de la bata de moleton, primera presa del infatigable presidente del círculo. — Pues bien, como en este pícaro mundo todos somos mortales, al pobre hombre le llegó su hora al cabo de quince años. El dia de su muerte, su adversario sempiterno en la partida de dominó parecia estar afligidísimo.

« — Pobre M. Vénard! — exclamaba, — era un excelente jugador! ¿Quién habia de decirle, cuando enterráramos á Beaudricourt la semana última, que su turno llegaria tan pronto? — En adelante nos verémos obligados á seguir la partida entre tres, lo cual es una cosa muy aburrida! »

Algunos años mas tarde, Bénasty, el caballero del traje castaña, murió tambien. — Hé aquí la oracion fúnebre que pronunciaba uno de sus colegas pocas horas despues de su fallecimiento:

— Pobre Bénasty! cuánto siento su pérdida!

— Por qué? — le preguntaron algunos amigos.

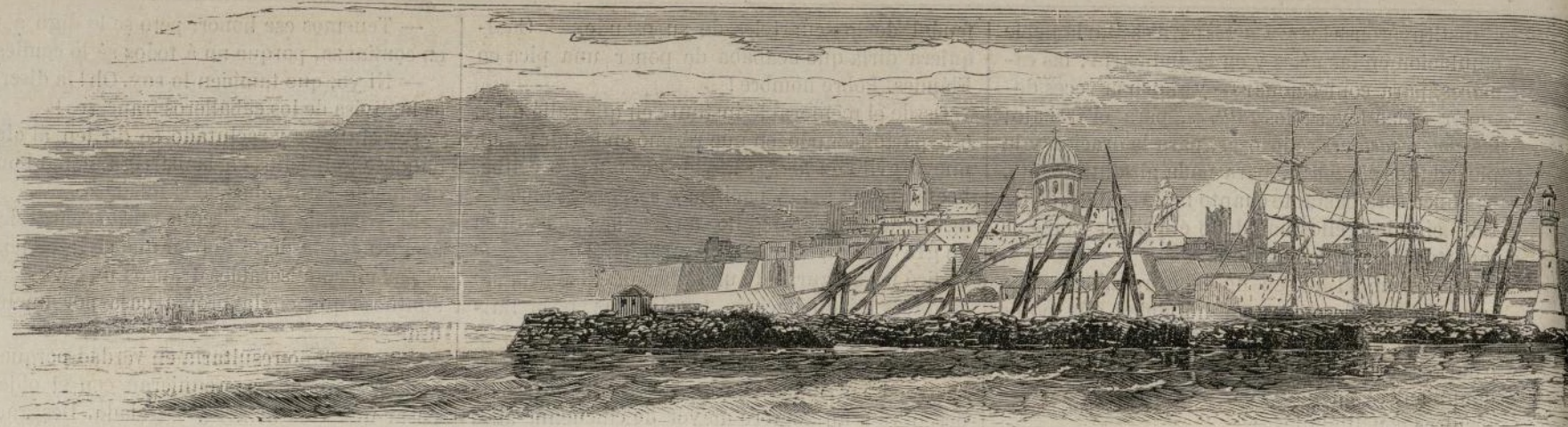
— Oh! porque era una alhaja inapreciable para la reunion! Todos los dias, despues de haber leído su periódico, se levantaba para ir á comer, saludándonos de la misma manera y con la misma frase. « Señores, — nos decia — parece que no estamos muy bien quistos al otro lado del estrecho! Buenas tardes, señores; servidor de ustedes! » Entónces, todo el mundo estaba segurísimo de que eran las seis menos cuarto, sin que nadie necesitara tomarse la molestia de sacar el reloj! Oh! el bueno de Bénasty era un excelente cronómetro!

Tal era la familia que se habian creado aquellos dos infelices con la ayuda de una cuota de doscientos cincuenta francos anuales. ¿Alcanzaron su objeto? Si le alcanzaron, preciso es convenir en que el precio no fué excesivo.

Veamos ahora cómo y por qué han ejercido los círculos una influencia altamente perniciosa al orden social.

Así que el primer círculo llegó á contar en su seno cincuenta ó sesenta célibes, no se descuidó la señora discordia en arrojar entre ellos su célebre manzana, y, lo que es consiguiente, comepzaron en seguida las discusiones y el fraccionamiento. Sostenian los unos que la comida era pobre, que no se comia bastante; afirmaban los otros que se comia demasiado. Estos, pedian á grandes gritos periódicos de ideas mas avanzadas; aquellos, sostenian que los periódicos avanzados eran siempre





Monte de Trápani.

Dique empedrado.

Antiguo castillo.

El Lombrone de Garibaldi, encallado desde el desembarco.

Establecimientos ingleses.

Establecimiento de M. Fleuriot.

Establecimientos ingleses.

Vista general de Marsala.

los que estaban á retaguardia. Y como las dos fracciones tenían razón, ó por lo menos creían tenerla, de aquí la absoluta imposibilidad de entenderse. La separación fué indispensable. Algunos miembros, mas ambiciosos que los otros, crearon nuevos círculos, á fin de presidirlos y de darse importancia.

Viéronse entónces aparecer en la ciudad como por ensalmo un gran número de casas, espléndidamente iluminadas, cuyo aspecto de fiesta y alegría llamaba la atención de los transeúntes. Si á todos les hubiera sido posible penetrar en estos santuarios, sin duda que muchos habrían salido mas que de prisa; pero como la admisión presentaba algunas dificultades, una vez dentro á título de socio, continuábase allí por apatía y por costumbre.

Un día, cierto marido tuvo una discusión con su señora, y para distraerle de este disgusto, su tío le llevó al círculo de que era socio. Al día siguiente, el marido formó por su cuenta y riesgo un círculo de maridos, designándole con el nombre de círculo de la Segunda Juventud.

Tras los maridos, siguieron los jóvenes, los círculos se multiplicaron á lo infinito, y vinieron á ser el *estaminet* de las personas cuya posición no les permitía prescindir de ciertos miramientos, el *refugium peccatorum* de los fumadores dominados por el vicio.

Si en 1830 las mujeres hubieran admitido sin dificultad alguna el cigarro en sus salones, los círculos no existirían ahora. Pero, cómo había de suponer la hermosa mitad del género humano, tan adulada desde hace la friolera de cincuenta y ocho siglos, que sacaría la peor parte en la



Geoffroy

Mujer de las cercanías de Caltanizetta.

Pastor de Alicata.

Niña y mujer de Monte-di-Trapani. (Olla albanesa.)

Tipos sicilianos, según los dibujos de M. Durand-Brager.

Aldeano de Caltanizetta.

Mujer de Terra-Nova.



Vista general de Trápani, según el croquis de nuestro dibujante M. Durand-Brager.

lucha emprendida contra el tabaco? Semejante absurdo estaba muy lejos de las creencias femeniles. Y sin embargo, el cigarro las ha vencido: — padres, hijos, maridos, amantes, todos las abandonan y huyen á buscar un refugio en los salones de contrabando llamados círculos.

Cuatrocientos y tantos cuenta hoy día en su seno la capital del imperio francés: ¿será mucho mayor el número de verdaderas familias? ¡Solo Dios lo sabe!

La casa no existe ya, el círculo es el que reina. En la casa, es menester sufrir con resignación las consecuencias de los respetos sociales; en el círculo, no hay nadie esclavo sino de sus propios vicios. — El hogar exige el complemento de todas las virtudes domésticas; el círculo no exige mas que un poco de egoísmo, y como esta virtud negativa abunda por desgracia en el corazón humano, hé ahí el porqué se encuentran en tanto auge esos puntos de reunión.

El círculo comienza en París en el *Jockey-Club* y concluye en el de la *Cordonnerie*. En el primero se trata del fomento y mejora de la raza caballar; en el segundo, del adobo y de la venta de las pieles. Los extremos se tocan.]

Ya me ocuparé en otra ocasión de todas estas reuniones, sin olvidar el círculo vicioso, que por cierto no es el menos interesante.

Mientras tanto, mi espiritual cofrade Eugenio Chapus hablará á ustedes del *Jockey-Club*. — Preciso es recurrir á su docta pluma siempre y cuando se trate de las elegancias parisienses.

JULIO NORIAC.

(Trad. F. de la V.)



(Correspondencia particular del MUNDO ILUSTRADO.)

Trápani, 8 de julio.

Antes de salir de Palermo para Mesina, he asegurado la cooperacion de un corresponsal que, durante mi ausencia y despues de mi vuelta á Francia, comunicará al periódico todos los hechos interesantes que se verifiquen en la capital de la Sicilia. Un profesor de francés ha tenido la bondad de encargarse de esta tarea, y la buena voluntad y la inteligencia de M. Forget me hacen esperar que los lectores del periódico me agradecerán mi eleccion.

Al recorrer la Sicilia, voy recojiendo en todas partes, como es del deber de todo dibujante concienzudo, los tipos curiosos; aquí un pastor de Alicata, allá una aldeana de las cercanías de Caltanizetta, con sus zapatos y su justillo bordado de oro y seda, su pesada falda de paño encarnado cuyo brillo rivaliza en atrevimiento con el de los bordados que llevan las lugareñas del mismo pais en su chaleco. Las mujeres de Terra-Nova se hallan consagradas al verde, segun parece, pero, tambien como las otras, á las telas pesadas; spencer de paño verde bordado de oro, falda de paño verde bordada de rojo, cordones del mismo color en el pelo.

Agrego á estos dibujos una vista de Marsala, ciudad que ha dado su nombre al desembarco del mes de mayo; una vista de Trápani, y el croquis de una mujer y de una niña de Monte-di-Trápani, antigua colonia albanesa. El traje se resiente todavia del origen de los fundadores. Nada es tan gracioso como el vestido de estas mujeres: chaqueta de paño bordado, camisola blanca con pliegues resaltando entre la chaqueta y la falda de paño, enrollada y ajustada al redor de las piernas y que se parece bastante á los pantalones de los Moriscos. Las piernas se hallan descubiertas, y en el pelo van unos alfileres que, en caso de necesidad, servirian de dardos.

Soy de V. etc.

DURAND-BRAGER.

Palermo, 9 de julio.

Hace una hora que un buque de la marina real napolitana se presentó delante del puerto con pabellon parlamentario.

La presencia de este brick, que lleva á bordo ocho cañones y dos obuses, ha inquietado vivamente á la poblacion, la cual se estrechaba compacta en el puerto para saber lo que queria el rey de Nápoles.

Se estarían todavia haciendo todas las suposiciones posibles, si no hubiera venido Garibaldi, acompañado de varios de los suyos, para dirigirse á bordo, gritando: *Viva l'Italia! viva la marina napolitana!* El *Veloce* dejaba la marina napolitana para entrar al servicio de la Sicilia.

Dirijíme yo tambien á bordo, y supe que este vapor habia acompañado á Melazza algunas tropas de desembarco, y que en seguida, el comandante, de acuerdo con el capellan y dos oficiales, habia tomado el camino de Palermo, diciéndose encargado de una mision del gobierno napolitano para el general Garibaldi.

A su llegada, el *Veloce* fué ocupado por las tropas sicilianas. Los Napolitanos que se hallaban á bordo fueron puestos en tierra, en donde se les trata con todas las consideraciones posibles.

H. FORGET.

(J. R.)

## CRÓNICA DE TRIBUNALES.

El lúgubre drama de Saint-Cyr ha tenido al fin un desenlace. La conciencia pública tuvo por un instante gran recelo de que la instruccion pudiese

estraviarse, temió que quedase impune el crimen de que fué víctima la familia de Gayet; mas hoy puede ya descansar tranquila. La luz ha rasgado las densas nieblas que parecia envolverla, y los tres reos, heridos con la sentencia de la última pena, no deben contar ya mas que con la clemencia del soberano.

Los lectores recordarán las peripecias que obligaron á la Justicia á suspender la espada de la ley sobre la cabeza de los reos. De los tres presuntos criminales, el que se declaró confeso retractó sus palabras cuando el jurado iba á pronunciar su fallo. El segundo sumario motivado por este incidente trajo á la audiencia nuevas declaraciones, no ya de uno, sino de dos de los acusados. Sin embargo, Deschamps se lanzó en la senda que le abriera Chrétien, con ánimo mas resuelto que este último. Todo lo confesó, sin omision alguna, sin reticencia, obligando con su actitud franca y decidida á Chrétien á dar una aclaracion completa á sus confesiones. Chrétien representa en el crimen comun la parte menos odiosa. Habíase atribuido el asesinato de la viuda de Forges, declinando toda responsabilidad de los atentados cometidos en los cadáveres de la joven Pierrette y de la viuda de Gayet. Deschamps no quiso dejarle esta prerogativa reclamándola para sí con tal energía, que Chrétien creyó cuerdo cambiar de lenguaje y echar sobre sí la responsabilidad del asesinato de Pierrette Gayet.

Mas donde el debate ofreció un interés mas triste y lastimoso, fué en la pugna empeñada entre Joannon y sus co-acusados. Bien comprendia Joannon que el recurso de las declaraciones era para él cosa muy gastada y que debia tener mas fé en una defensa, aun desesperada, que en una confesion forzosa y tardía. Pero ¿qué defensa era posible ante las acusaciones tan precisas de sus dos cómplices? En vano los ruega, los increpa, los llama verdugos: son implacables. « Si te hubieras estado tranquilo en tu casa, responde Chrétien, no nos encontraríamos hoy en este sitio. » Esta es el alma del encono con que Chrétien y Deschamps se desencadenan contra Joannon. No pueden perdonarle la coaccion moral que sobre ellos ejerciera: él los arrastró al crimen: ellos le arrastrarán al patíbulo. « Por mas que la echas de inocente, dice Deschamps pasando al lado suyo, vendrás á donde nosotros vayamos. »

Pero Joannon no tiene que lidiar sólo con sus coacusados, tiene además que debatirse contra las tremendas deposiciones que sobre él llueven por todas partes. Invoca al cielo, atestigua al Salvador de su inocencia, procura escitar los escrúpulos de sus jueces, perturbar su conciencia haciendo resonar en sus oidos esas protestas, esas espresiones tremendas y sacrosantas. Inútiles blasfemias! Forzoso le es responder á las preguntas del magistrado, forzoso explicar su conducta y decir qué hizo, en donde estaba en el momento de perpetrarse el crimen. En un principio, adopta el sistema de absoluta negacion: nada vió, nada sabe, se ocupaba en plantar nabos en su tierra. Version desgraciada que se estrella, no sólo contra las deposiciones de los testigos, sino contra la inverosimilitud material! Siente que le falta el suelo bajo sus piés, pues no puede negar su presencia en el teatro del crimen, y entonces varia de sistema repentinamente: con una audacia inaudita procura trocar los papeles, y de acusado se convierte en acusador. Agrega á Chrétien y á Deschamps un tercer asesino que, para mas verosimilitud, elije entre los herederos de la familia de Gayet. Protesta que vió á los tres escalar las paredes de la casa.

Tenaz en esta nueva impostura, se sostiene en ella hasta el fin: poco le importa la honra, la libertad, la vida de un inocente, y no se contenta con acusaciones vagas; no, asegura haber

visto al hombre que nombra y designa « hundir el cuchillo en el corazon de la niña. »

Tal ha sido la última de sus múltiples estrategias de una defensa imposible, tanto que el mismo patrono de Joannon la desechó al tratar de cumplir su mision en favor de su patrocinado.

La perplejidad, la angustia de este hombre girando, sin poder salir, en el círculo fatal de la acusacion, semejante á las fieras salvajes que buscan en vano una salida á su jaula de hierro, sus enérgicos esfuerzos por asirse á la vida, sus ruegos, su terror, sus vanas protestas de inocencia, su impudor, su cobardía, todo inspira un extraño sentimiento de lástima hácia ese hombre: no parece sino que esas torturas morales son ya un principio de espacion, y á tal corazon que tristes dias son los que le esperan!

Desgraciada ha sido esta semana. El mismo dia que el jurado del Ródano pronunciaba su terrible fallo, el del Sena llenaba el mismo deber en una causa capital.

Cuatro, apercibidos todos de la justicia, eran los acusados de haber cooperado mas ó menos directamente al asesinato de una anciana. El crimen se habia perpetrado á la luz del dia, en Belleville, en uno de los arrabales mas poblados del nuevo Paris.

Una tarde de mayo, dos de ellos se presentaron en casa de esta mujer, la viuda de Monclin, como jornaleros encargados de reparar la techumbre de la casa. En el momento que la infeliz abria la ventana para que examinasen el alero del tejado, se arrojaron sobre ella y la tendieron en el suelo: en seguida, uno la apretó la garganta, comprimiendo su boca con un pañuelo, mientras que otro la ataba los piés y las piernas con una tohalla que trajo consigo. No dando la pobre anciana señales de vida despues de algunos momentos, los dos asesinos abrieron los muebles, registraron los cajones y robaron á su sabor el dinero, las halajas y los objetos preciosos que pudieron encontrar.

Estos dos hombres eran Poirel y Chamberland. Poirel — el que amordazó y estranguló á la víctima, — no pasa de veinte años: unas semanas antes del asesinato habia salido de Poissy, en donde estuvo preso trece meses: Chamberland salia, como él, del mismo sitio: ambos encontraron en abril, á otro buen pájaro de su misma calaña, llamado Carlomagno Dupuis, que se habia ocupado en ocultar varios objetos tomados contra la voluntad de su dueño.

Poirel y Chamberland no niegan que la muerte de la viuda de Monclin sea resultado de sus violencias, pero sí la premeditacion y el conato de homicidio. Poirel sostiene que no quiso ahogar á la viuda de Monclin: — la estrujó el pescuezo mas de lo que pensaba: sus nervios le engañaron y nada mas.

Desgraciadamente para él habia soltado la sin hueso mas de lo preciso, diciendo á un detenido en términos sobradamente enérgicos para repetidos aquí, que al principio no tenia intencion de matar á la vieja, pero que gritaba tanto que se vió obligado á ahogarla.

Tampoco Chamberland, si ha de dársele crédito, soñaba siquiera en hacer daño á la viuda de Monclin: « La puse, dice, con mucho cuidado en el suelo y dije á Poirel: Apriétala la boca, pero déjala libre la nariz para que pueda respirar. »

Poirel no la dejó libre la nariz, y esta es la sencilla razon porque las piadosas intenciones de Chamberland salieron fallidas.

Tan ingenioso sistema de defensa ha sido poco feliz, dando por resultado la última pena para Chamberland y Poirel, diez años de reclusion á Carlomagno, como instigador y cadena perpétua para Víctor como encubridor.



Basta ya de causas criminales.

Hablémos de un litigio teatral: es cosa mas socorrida y alegre. Un tenor y un director de teatro desempeñan un duo que halaga y lisonjea los oídos. El director es Lafeuillade, á quien conocerán mis lectores que peinen canas, el elegantísimo Lafeuillade á quien animábamos en *la Vestal*, á quien aplaudimos en *El califa de Bagdad* y en *Maria*: Lafeuillade, quien despues de dar como tenor muchos dias de gloria y contento á varias provincias, acabó por empuñar en Tolosa el cetro de director. El tenor, — contendiente de Lafeuillade — es Cerclier: no es un nombre ilustre todavía, mas aspira á serlo. Alumno honroso del Conservatorio, tiene entrojadas en Avignon, en Nantes, en Chile, abundantes cosechas de coronas. Llamado á Tolosa y contratado para adorar á Matilde, y bendecir á Raquel y combatir al príncipe de Granada, en el tono natural de 2,500 francos mensuales, contaba como cosa segura seguir aumentando su cosecha de laureles, cuando Lafeuillade vino á segar en flor estas esperanzas, negándose á ratificar su contrata.

Y por qué razon?

Lafeuillade alega que ha sido engañado, que Cerclier es un tenor asmático é incapáz de dar un *la bemol* agudo. Francamente, lectores, en estos tiempos de *do* de pecho ¿qué ha de hacer un director de un tenor que no ataca siquiera el *la bemol*?

Cerclier contesta sencillamente que su voz es espléndida, que alcanza sin violencia el *si natural* de pecho, lo cual, para provincia, es una cosilla decente.

Tal es el litigio: en donde debe ventilarse? en Tolosa? en Paris?

El Tribunal de comercio de Paris, incoada la causa, se declaró competente y fallando el fondo de la cuestion, condenó á Lafeuillade al pago á Cerclier de los honorarios vencidos hasta la fecha del fallo.

Apelacion de Lafeuillade.

En materias comerciales, dice, la ley autoriza al demandante á citar á su adversario ante el Tribunal de la localidad en donde debe entregarse la mercancía: es así que en el caso presente la mercancía es la voz de Cerclier; es así que está obligado á entregármela: luego debe litigarse en Tolosa.

El silogismo no tenia réplica y fué sancionado por el fallo del Tribunal.

En cuanto á mí, confieso que se me resiste, que me repugna la asimilacion del talento de un artista á una barrica de aceite, ó á un bocoy de zarzaparrilla. Un abogado en ciérnes, amigo mio, al participarle mis escrúpulos, me respondió que mi cerebro no tenia nada de jurídico.

Oílo, bajé la cabeza y... punto redondo.

PETIT-JEAN.

(Trad. A. L. de B.)

#### INCENDIO DE CONSTANTINOPLA.

Por mas apáticos que sean los pueblos turcos, por mas acostumbrados que se hallen al azote que diariamente sufre Constantinopla, fué inmensa la impresion que en la ciudad produjo el incendio del 10 de junio que devoró los barrios de Yenimahale, de Nabla-Sakal, de Gun-Guermes, de Ishak-Bajá, de Sahia-Aghassi y de Ahir-Capua. En pocas horas fueron consumidas por las llamas voraces mil doscientas casas y ochocientas tiendas. Estos barrios están cruzados en todos sentidos por calles estrechas y edificios que se comunican hasta á través de las vías públicas. Numerosos callejones sin salida comunican entre sí por pasadizos y la madera apolillada que hay en todos estos edificios presta un cebo activo al elemento destructor.

Para contener los estragos del azote, el 10 de junio último, fué necesario hacer denodados y poderosos esfuerzos: abrir á hachazos una calle ancha en los sitios que daban pábulo á las llamas que se propagaron en todos sentidos, yendo á morir en las riberas del mar, retrocediendo sólo ante el antiguo murallon del Serrallo, vomitando ondulantes y prolongadas lenguas de fuego al través de las almenas.

Existen versiones varias sobre el origen y modo de estallar el fuego. Unos dicen que el incendio principió en la tienda de un barbero de Ishak-Bajá: otros que empezó por reducir á cenizas la casa de Ahmet-aya-Caiki, á espaldas de la mezquita del Sultan Ahmet.

Tres veces se creyó dominar la asoladora hornaza y tres veces nutrida por un impetuoso viento recobró su voraz intensidad.

Seis barrios han quedado reducidos á escombros. Por dicha, la hora de las once de la mañana en que estalló el incendio permitió á los habitantes sustraerse al elemento devastador. Doce ó quince personas solamente salieron heridas y éstas lijaramente en su mayor parte. En este momento los habitantes pueden evacuar sus respectivos barrios, empezando ya á extinguirse las llamas.

Todos han cumplido dignamente sus deberes: los bomberos, el ejército y sus oficiales han rivalizado en celo y trabajo. Una mujer paralítica y varios niños olvidados fueron arrancados á las llamas por los soldados que penetraban arriesgadamente en las casas.

Se han abierto numerosas suscripciones para socorrer á las víctimas del incendio. El embajador de Francia, el señor marqués de Lavalette, es uno de los primeros á probar su largueza y generosidad en tan tristes circunstancias. Varios Bajás ceden benévolamente gran parte de sus aposentos para albergar á los heridos, alimentándolos y facilitándoles vestidos. Este ejemplo será fecundo en resultados, porque si la desgracia es grande, por una parte tambien es sabido que la caridad y la hospitalidad de Constantinopla están siempre dispuestas á venir en su auxilio y á endulzarla.

MAC VERNOLL.

(Trad. A. L. de B.)

#### UNA AVENTURA DE CARNAVAL.

(Continuacion.)

#### III

*La Circasiana. — Tres en una.*

En menos de cinco minutos salvé la corta distancia que media desde la calle de Munguía á la de la Novena.

Durante el camino habia llevado en la mano la careta de tafetan, para que misabrasadas sienes se refrescasen con el húmedo aliento de la nocturna brisa; pero al llegar al despacho de billetes, me detuve un momento para volver á colocarla sobre mi rostro.

Mientras ejecutaba esta operacion, un máscara, vestido á la española antigua y embozado hasta los dientes en una larga esclavina roja, se paró cerca de mí examinándome de una manera particular.

Llegué al botiquin, y pedí mi billete. El hombre de la capa grana, sin dejar de mirarme, pidió tambien el suyo con un acento marcadamente extranjero.

Penetrámos juntos en el espacioso vestibulo del teatro, juntos subimos la ancha escalinata que conduce á la segunda fila de palcos principales y juntos llegamos á la puerta del núm. 12.

Puse la mano en el pestillo en ademan de en-

trar, aunque no sin detenerme un instante, decidido á dirigir la palabra á aquel importuno; pero éste se adelantó á mis deseos diciéndome:

— Perdóneme usted, caballero, ¿es á don Luis de Zúñiga á quien tengo el honor de hablar?

— Y ¿qué te importa? — respondí, contrariado por aquella estemporánea interpelacion.

— Caballero, — añadió el hombre de la capa roja sin desconcertarse por mi brusca salida — esa impaciente exclamacion equivale á una respuesta afirmativa en toda regla. Supuesto que es usted el que busco, debo decirle que se ha adelantado usted á la hora lo menos en cuarenta y cinco minutos. — Aun no son mas que las doce y cuarto.

— Y ¿quién eres tú — exclamé en tono amenazador — que así juzgas de mis intenciones y así te entrometes en asuntos ajenos?

— En primer lugar, un servidor de usted, — repuso mi interlocutor haciéndome una profunda reverencia — y en segundo, quien ha recibido el encargo de abrir esa puerta, sin lo cual no le seria fácil al señor don Luis penetrar en el sitio de la cita.

Diciendo esto, introdujo una llave en la cerradura del palco, mientras yo le contemplaba atónito.

— El señor don Luis está servido, y puede entrar cuando guste, — añadió el oficioso máscara. — ¡Tengo orden especial de obedecer á usted en todo, caballero. ¿Desea usted alguna cosa?

— Que me digas el nombre de la persona que te ha dado semejantes instrucciones.

— Eso es precisamente lo que me está prohibido. El señor don Luis podrá preguntárselo á *ella misma*, puesto que va á venir dentro de muy poco.

— ¿Luego es *ella* quien te envia?

— Sin duda alguna. Si necesita usted algo, abajo espero al pié de esa escalera.

Y haciéndome un segundo saludo, se alejó rápidamente.

Quedé como petrificado, sin atreverme á entrar por la puerta que acababa de franqueármese de una manera tan estraña.

Quién era aquel hombre? qué habia de comun entre él y mi desconocida?

Hé aquí las preguntas que me dirigia, sintiendo agolparse toda mi sangre al corazon y á la cabeza.

Pobre loco, empezaba á sentir el aguijon de los celos, antes de haberme dado cuenta de mi amor. Sí, porque yo amaba ya, con la vehemencia y el delirio de los primeros años, á aquella mujer-fantasma cuya novelesca y misteriosa conducta exaltaba mi espíritu, revelándome en ella un talento y una originalidad nada comunes.

El amor á lo extraordinario es una de las condiciones inherentes á nuestra indefinible naturaleza, sobre todo, en esa edad juvenil en que el sentimiento domina siempre á la razon; en que el alma vuela ansiosa tras la impalpable quimera de un sueño poblado de acariciadoras imágenes de vagos contornos, imágenes sonrientes que rasgan á nuestros ojos el velo del porvenir, enseñándonos un encantado paraíso, donde la gloria y la felicidad nos esperan con los brazos abiertos.

Entré en el palco, despues de retirar la llave, y me dejé caer en un sillón del fondo.

Un lijero temblor agitaba todos mis miembros.

En el inmenso salón, la multitud rujía á mis piés lanzada en el torbellino de un vals.

La luz, el bullicio, aquella atmósfera enrarecida y sofocante, fuertemente agitada por las sonoras vibraciones de la orquesta, y el vertiginoso movimiento de aquella muchedumbre, ataviada con los trajes de cien muertas generaciones, vinieron á aumentar el estado de escitacion nerviosa en que me hallaba.

Saqué mi reloj.

Aun faltaban quince minutos.





Mimed-Erëndi, de 70 años de edad, muerto repentinamente.  
Incendio de Yeni-Mahalé, primer cuartel de Constantinopla.  
Mujer paralítica salvada de en medio de las llamas.





Descendimiento de la Cruz, por Daniel Volterre.



Sentía frío, y sin embargo, mis sienes ardían y el sudor bañaba mi rostro, hasta el extremo de tener que arrancarme el empapado antifaz.

A medida que la hora se acercaba, mi corazón aumentaba sus latidos.

Mi respiración era trabajosa y lenta.

Creo que entonces hubiera podido ahogarse con un cabello.

De pronto, una idea horrible y abrasadora como un hierro candente cruzó por mi imaginación.

¿Será tan sólo una burla propia del tiempo? — me dije. — Esa mujer-proteo ¿vendrá únicamente á recojer el fruto de una broma, urdida con destreza de antemano?

Dos lieros golpes, dados con precaución en la puerta, vinieron á interrumpir mi pensamiento.

Me levanté rápido, como impulsado por un resorte, y descorrí el pestillo con mano convulsiva.

— Se puede entrar? — murmuró una voz tímida y femenil, aunque algo gangosa.

— ¡Vete al diablo! — exclamé viendo asomar por entre el cortinaje la cabeza de Emilio. — ¿Qué traes? ¿á qué vienes aquí?

— Poco á poco, señor don Juan Tenorio, no se impacienta usted, y vamos por partes. Ha venido?

— Hombre, vete con dos mil de á caballo!...

— Vamos, eso es que no ha venido! entonces llevo todavía á tiempo.

— A tiempo de qué?... has averiguado algo?... la has visto? qué sucede?...

— Nada, hombre, nada! que llevo á tiempo de no interrumpir tus dulces coloquios.

Estuve por tirarle al patio.

— Pero, maldito de cocer — le dije — ¿á eso vienes? Mira, Emilio, lárgate mas que ligero!

— Chico, estás desencajado! — me respondió mirándome fijamente: — á ver, dame el pulso; apuesto á que tienes un calenturón como un...

— Emilio, por María Santísima!...

— Bueno, hombre, bueno, ya me voy! no te impacientes!... Pero antes escucha á lo que vengo.

— Dilo, y vete, que va á dar la una.

— Pues señor, como todas las cosas de este mundo se eslabonan unas con otras...

— Suprime por Dios el exordio!... al grano, ú te echo fuera!

— Permíteme que te diga, antes de entrar en el grano, que con ese aire de terne estás digno de un estudio fisiológico. Si te viese Varela Montes, añadiría un capítulo á su *Antropología*. Decididamente no hay cosa mas estúpida que un amante en espera.

— Acabarás hoy, Emilio?

— Es el caso, que al salir del baile de mi Dulcinea... ¿Sabes que ya hemos hecho las amistades?

— Y á mí qué me importa!

— Empezó á lloviznar y me dije: aquel tarambana se habrá ido á su cita en dominó, y si el agua sigue se va á poner como una sopa cuando salga. — Evitémosle una mojadura, para que su naciente amor no se resfrie. Y animado por este generoso pensamiento, fui á tu casa é hice cargar á Julian con tu capa y tu sombrero, que tienes abajo en la guardarropía. Toma el número. Pero no es eso todo: — al entrar en tu cuarto, ví sobre el bufete tus pistolas de bolsillo. Un hombre empeñado en un lance amoroso — me dije también — no debe estar sin armas ofensivas. Llévemosle este par de culebrinas al amigo Luis por lo que pueda ocurrirle. Tal vez no sea una cocinera su desconocida Urganda. Y aquí las tienes que te las traigo, listas y al corriente para mandar al otro mundo á cuantos rivales te disputen las dulcitas miradas de tu angélico y escencial hechizo.

Guardé la contraseña y las pistolas que Emilio

me entregó, y le tendí la mano apretándosela cariñosamente.

— Gracias, eres todo lo que se llama un buen amigo, — le dije, — aunque un poco atolondrado y charlatan en ciertas ocasiones críticas...

— Basta! — me interrumpió; — al buen entendedor con media indirecta sobra. Ahora que ya estás armado contra la lluvia y contra todo evento de rivalidad, te dejo solo. Voy al salón á ver si me conquistan. Conque, adios, y buena suerte! Ah!... se me olvidaba: si tu princesa rusa te diere chasco, no te vayas sin avisarme. Si no me encuentras en el salón, es que estoy en el ambigü haciendo el primo. Estás?

— Bueno, adios!

Después que Emilio se hubo alejado, volví á levantarme para cerrar la puerta; pero el rumor de dos voces que hablaban en la galería llamó mi atención y detuvo mi brazo. — Miré por la abertura, y ví al hombre de la capa roja conversando, birrete en mano, con otra máscara en traje de circasiana.

Es ella! — me dije loco de alegría retrocediendo al fondo del palco. Y trémulo, palpitante, apretándome el corazón para sofocar sus latidos, caí otra vez en mi sillón murmurando con acento de triunfo: « Por fin voy á conocerla! »

Aquel instante fué el mas venturoso de mi vida.

Sí, era ella! traía el mismo brazalete de oro y rubíes que llevaba por la tarde cuando me habló en la plaza de San Antonio. Sí, era ella, pero magnífica, espléndida, sublime, engalanada con el rico y voluptuoso traje de las hijas de Oriente.

Oh! si aquella mujer hubiera sido fea; si, por una de esas aberraciones tan comunes en la naturaleza, hubiese servido aquel esbelto cuerpo de sustentáculo á una cabeza deforme, creo que me habría saltado la tapa de los sesos. Tal era mi febril exaltación!

Esta importuna idea vino á causarme por un momento una angustia horrible; pero no tardé en rechazarla victoriosamente, dejándome llevar por mis locas ilusiones.

Y mis ilusiones me la pintaban tan hermosa!... tan hermosa como las vírgenes que Rafael de Urbino arrancó del cielo.

Música, luces, ruido, baile... cuanto me rodeaba en torno, había desaparecido para mí.

Sólo entendía la dulce vibración de una voz lánguida, suave, melodiosa, que llegaba á mis oídos á través del cortinaje de la puerta, modulando palabras del armonioso idioma del Tasso.

Era la suya.

— « Confió en tí, *Pietro*, — decía; — espera mis órdenes en la berlina, y avísame á la menor novedad. »

Por fin apareció en el dintel.

Quise levantarme, pero me fué imposible.

Entró, cerró tras sí la puerta, sentóse frente á mí, echando sobre el respaldo de la butaca su riquísimo chal de cachemira color de perla, y luego, con la mayor naturalidad, como si se tratase de un amigo de toda la vida:

— Buenas noches, Luis, me dijo: — ¿te has impacientado mucho esperándome? ¿Creíste que ya no venía?

— Oh! no, señora! — respondí con tembloroso acento; — esperaba impaciente, sí; pero confiado en que no faltaría usted á su palabra.

— Usted!... ¿qué significa ese tratamiento, Luis? ¿por ventura te infundo mas respeto con este vestido? Usted á una máscara!... ¿Qué guardas entonces para cuando me descubra? — ¿vas á llamarme excelencia? Oh! trátame de tú: soy la misma de esta tarde...

— Y la misma de esta noche ¿no es verdad?

— ¿A qué negártelo? sería inútil ya, puesto que mi objeto está cumplido; por lo menos, así lo creo.

— Y cuál es, si puede saberse?

— Hacerme amar de tí antes que me conocieras.

Y crees haberlo conseguido?

— Oh! sí! mi corazón me lo dice, y mi corazón nunca me engaña!

— Pues tu corazón te ha engañado esta vez, yo no te amo!... — añadí con la voz entrecortada por la emoción — yo no te amo... porque te adoro!

— ¡Oh! gracias, gracias por tu lealtad, corazón mio! — exclamó llevándose la mano al pecho; — tus presentimientos siempre se realizan! Luego, volviéndose hacia mí, hé aquí lo que son los hombres — continuó: — hacen una promesa, empeñan una palabra solemnemente, y la olvidan á las tres horas. ¿Cuál fué nuestro convenio, Luis? Me has prometido no hablarme de amor!

— Pero el cumplimiento de esa promesa es imposible!

— Imposible! por qué?

— Porque tú me incitas á quebrantarla.

— Ese no es motivo suficiente. ¿Cuál fué nuestro convenio, Luis? Prestar una obediencia pasiva á todos mis caprichos! Pues bien, yo te hablaré de amor, de mi amor hacia tí; pero, por esta noche, te impongo el sacrificio de escucharme en silencio.

¿Era una burla este lenguaje? ¿Estaba sirviendo de juguete á una cortesana envejecida en la escuela de la intriga? ¿Existía realmente ante mis ojos una mujer hablándome en aquellos términos, ó era todo una pura imaginación hija de mi delirio? Por un momento lo dudé: creí que estaba soñando.

¡No hablarle de amor cuando ella me provocaba!... cuando acababa de decirme el objeto de su misteriosa conducta!... Semejante escentricidad iba mas lejos de cuanto yo podía figurarme.

— Señora, — exclamé tras una breve pausa — tiene usted un talento privilegiado para dar una broma; pero cuide usted de no hacerla dejenerar en amarga burla!

— Pobre Luis! mi extraña conducta, que no puedes comprender, empieza á desconcertarte, lo conozco, y disculpo tu desconfianza. ¡Burlarme de tí, de tí Luis!... Oh! si pudieras penetrar con el pensamiento hasta el fondo de mi alma, me pedirías perdón de esa ofensa!... No, no he venido aquí por el placer de llevar hasta el extremo una carnavalesca intriga; no he venido á jugar con tu crédulo y confiado corazón para reirme después de sus latidos!... ¿Piensas que me hubiera incomodado por una causa tan fútil y despreciable?

— Entonces, señora...

— Oh! no me hables así!... me hace daño ese tono respetuoso! ¿Ibas á preguntarme que á qué vengo? Ya lo sabes: á buscar la certeza de tu amor que ambicionaba hace tanto tiempo; á decirte que te amo con toda mi alma desde el día en que la fatalidad te puso en mi camino. Sí, la fatalidad. Luis, porque antes de conocerte, sabía que mi corazón sería tuyo, que nuestras almas llegarían á confundirse en una sola.

— Angel, mujer ó demonio ¿quién eres? — la dije fuera de mí, apretando convulsivamente entre las mías una de sus manos.

— Ojalá pudiera decírtelo!

— Qué, no puedes?

— No, porque yo misma no lo sé.

— Pero cuál es tu nombre!

— Para tí me llamaré Paulina.

— Paulina de qué?

— Paulina... *Misterio*, hasta que Dios quiera.

— Oh! déjame ver tu rostro!

— Le has visto ya otra vez, sólo que no le recuerdas; pero quiero ser complaciente contigo en prueba de la sinceridad de mis palabras.



Dicho esto, la llamada Paulina desató las cintas que sujetaban su lijera mascarilla de tafetan azul celeste.

No sé lo que pasó entonces por mí; pero recuerdo que en aquel supremo instante en que iba á obtener lo que mas deseaba, me sentí sobrecojido de un inesplicable terror que me hizo esclamar deteniéndola el brazo:

— Déjatala puesta!... no quiero verte!

— ¿Temes encontrarme demasiado fea? — preguntó Paulina con risueño acento.

Y separando la máscara del semblante añadió cambiando la entonación de su voz y descubriéndose completamente:

— Me conoces, Luis?

(Continuará.)

FEDERICO DE LA VEGA.

#### LA PRIMERA BRIGADA DE LA PRIMERA DIVISION DEL EJÉRCITO DE PARIS.

Los cuerpos que componen la primera division del ejército de Paris han hecho todos la campaña de Italia. La oficialidad de la brigada primera de esta division costó el 26 de junio unas honras fúnebres por el eterno reposo de sus compañeros muertos en los campos de batalla.

El bizarro general Ladmirault, que está hoy al frente de esta division, mandaba en Italia la segunda del primer cuerpo, cuyas tropas hicieron prodigios de valor en Mariñan, y sobre todo en Solferino. Aquí fué donde el general Ladmirault, herido ligeramente de un balazo al conducir sus compañías al ataque de las fortificaciones austriacas, rehusó abandonar su puesto hasta que una segunda y mas grave herida le puso en la imposibilidad de conservar el mando.

La primera brigada está bajo las órdenes del general Ladreit de la Charrière, quien, en Italia, y á la cabeza de la segunda brigada de la division Vinoy, desempeñó un papel tan brillante el día 4 de junio en el puente de Magenta, y el 24 en Casanova, sobre el camino de Castiglione á Mantua.

Los notables hechos de armas de esta primera brigada no se han realizado sin grandes sacrificios, puesto que en todas sus victorias ha tenido que llorar la muerte de muchos de sus bravos oficiales.

Los que sobrevivieron á las cargas de la caballería austriaca en Solferino, á la encarnizada refriega de Cavriana, á la heroica lucha del lugarejo de Baeta, han celebrado solemnemente el aniversario de aquel gran día, ofreciendo lágrimas y oraciones á la memoria de sus camaradas muertos en Italia.

Nos asociamos al justo dolor de esos valientes corazones que así tributan un público recuerdo á sus hermanos de peligros, y no podemos menos de aplaudir la magestuosa pompa que han sabido dar á esa ceremonia fúnebre.

MAC VERNOLL.

(Trad. F. de la V.)

Hé aquí algunos proverbios extranjeros poco conocidos en nuestro sentir:

« Las cosas buenas prodigadas aminoran su valor: en el país de las palmeras se alimentan con dátiles los asnos. »

(Prov. aleman.)

« La miel mas dulce se ágría en un vaso impuro. »

(Prov. oriental.)

« Mas vale castigar que amenazar: las amenazas irritan pero no castigan. »

(Idem.)

« Aquel á quien das escribe su agradecimiento en la arena, aquel á quien quitas graba su odio en bronce. »

(Idem.)

Completemos estas máximas con otras modernas:

« Sólo una mujer del pueblo puede dejarse pegar sin tratar de vengarse: parece que circula por sus venas la sangre de los mártires. »

(Balzac.)

« Cuando los hombres están ociosos son poderosas las mujeres. »

(Madama de Remusat.)

« La mujer mas ingénua es el mejor enemigo que se puede presentar al hombre mas artificioso. »

(Richelieu.)

« La ignorancia de una jóven causa su hastío y no puede ser inocente en sus ocupaciones. »

(Fenelon.)

« Hay cabezas tan estériles que ni engendran tonterías: y si tal vez sucede es porque han sido trasplantadas. »

(Lamennais.)

« Sólo se aman las personas y las cosas de que sufrimos; — no hay mas amor verdadero que el desgraciado: la patria no existe sino para los desterrados. »

« Sucede á veces con las mujeres lo que con el dinero, — se las busca para ponerlas á buen recaudo. »

(Arsenio Houssaye.)

« Hasta los cuarenta años la mujer tiene solamente en el corazón cuarenta primaveras; — en adelante cuenta su vida por inviernos. »

(El mismo.)

#### RECEPCION DE LOS EMBAJADORES MARROQUÍES EN SAINT-CLOUD.

No están muy lejanos los tiempos en que los piratas de Marruécos, de Argel y de Túnez asaltaban á porfía las costas de la Provenza, llevándose los ganados, las cosechas y hasta las jóvenes que hallaban en las pequeñas poblaciones y en la campiña. Un día se les vió entrar resueltamente por la desembocadura del Ródano, pasar con inaudita osadía ante los cañones del fuerte San Luis, y remontar el río hasta Belcaire, donde á la sazón se celebraba la feria, en la cual hicieron estos atrevidos corsarios un verdadero copo.

Semejantes bravatas no tienen hoy éxito alguno: ya hemos visto, no hace todavía un año, el pronto escarmiento que sufrieron las Kabilas de los Beni-Snassen por haberse permitido una escursión mas allá de los límites de las fronteras francesas en Marruécos.

Esta lección debe haber parecido algo severa á los hijos de Agar, puesto que, tan pronto como el emperador de Marruécos se ha visto desembarazado de la guerra con España, se ha apresurado á enviar una embajada extraordinaria cerca del gabinete de las Tullerías.

La recepción de los embajadores tuvo lugar el martes 10 de julio en el palacio de Saint-Cloud.

Los embajadores llegaron en coches descubiertos, tirados por seis caballos, precedidos por los batidores del emperador.

Iban en el primer carruaje:

El-Hadj-Mahomet-Tarradj, tío del primer embajador;

El baron Sibuet, maestro de ceremonias, y M. Schefer, primer intérprete del emperador para las lenguas orientales.

En el segundo coche:

Sid-el-Hadj-Idris, primer embajador;

Sid-el-Bernousi;

Y el señor baron Feuillet de Conches, maestro de ceremonias.

En el tercero:

M. Baunier, vice-cónsul en Rabat;

Y M. Pelissier, nombrado cónsul de Tánger.

Los embajadores y su acompañamiento fueron presentados por el duque de Cambacères, gran maestro de ceremonias, á SS. MM. el emperador y la emperatriz y al príncipe imperial, quienes, rodeados de sus oficiales, los recibieron en el salón de las recepciones del palacio de Saint-Cloud.

Asistieron á la ceremonia:

M. de Thouvenel, ministro de negocios extranjeros,

M. Morio de Lille, prefecto del Palacio,

El duque Tascher de la Pagerie,

El general Rollin,

El general Fleury,

El marqués de Lagrange,

Y las señoras Bizot, de Lourmel, y de Reyneval: estas últimas se hallaban al lado de Su Majestad la emperatriz.

Concluido el acto, el maestro de ceremonias condujo á Paris á los embajadores, dejando instalados en el hotel de la avenida lord Byron á estos ilustres personajes.

Un destacamento de tropa, tendido en dos hileras desde la avenida hasta la escalera del palacio, rindió los honores á esta embajada. Ha llamado la atención tal novedad nunca vista hasta hoy en semejantes ceremonias.

MAXIMO VAUVERT.

(Trad. F. de la V.)

#### AVISO.

Se previene á los Sres. suscritores de España, por trimestres, que el segundo de su suscripción al MUNDO ILUSTRADO terminará con el número 26, y que si no quieren experimentar retraso en la recepción de los números subsiguientes del periódico, se servirán renovarla sin demora.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. F. DE P. MELLADO,

en

MADRID,

calle de Santa Teresa, núm. 8.

DEPOSITO

en

PARIS,

calle de S. André des Arts, núm. 47.

Se remite franco de porte el catálogo de las publicaciones de dicho Establecimiento á las personas que deseen obtenerlo.

#### LA GRAN FIESTA PATRONAL DE CHAUMONT EN 1860.

Un obispo de Vaison, Juan de Montmirel, oriundo de Chaumont, obtuvo en 1475 del Papa Sixto IV en favor de la iglesia parroquial de su país nativo indulgencia plenaria siempre que la festividad de San Juan-Bautista cayese en domingo. La fiesta religiosa de Chaumont no tardó en adquirir celebridad en gran parte de Francia. Al perpetuarse desde entonces hasta nuestros días, llama cada vez mas á aquella comarca una inmensa concurrencia.





Recepcion en Saint-Cloud de los embajadores enviados por el emperador de Marruecos, segun el croquis de M. Moullin.

Calcúlase en 18,000 el número de personas extranjeras que han acudido este año á tomar parte en la festividad. Monseñor obispo de Langres presidia esta solemne funcion asistido de mas de ciento veinte sacerdotes.

La mas bella, la mas espléndida de todas las ceremonias de la festividad fué la procesion del Santo Sacramento, siendo difícil describir las colgaduras que adornaban las casas, las cruces de oro, los oriflamos, los brillantes relicarios, las estatuas de las corporaciones obreras, los incen-

sarios, y los canastillos de flores que derramaban su regalado aroma á los piés del Dios del Calvario.

Los altares en que descansa la procesion eran dignos de la festividad y el de Langres que publicamos, tomado de una notable fotografía de Victor Petit, redunda en honor de los directores de la augusta ceremonia. Es la vista de la plaza de la Iglesia, en donde se figura con estatuas el bautismo de nuestro Señor Jesucristo, cerniéndose en las alturas la celestial paloma. Este cuadro estaba rodeado por medio de un ingenioso mecanismo de una aureola formada con las perlas de un surtidor que caía deshecho sobre las plantas acuáticas de las márgenes del Jordan.

Al cerrar ya la noche, el pueblo, que no habia podido marchar por el ferrocarril, visitó con agrado y recojimiento los altares iluminados con faroles venecianos y fuegos de Bengala. Todos los espectadores presentaban un exterior de felicidad y parecían poseídos de esa dulce serenidad que prestan siempre las festividades religiosas.

La de Chaumont constituye una de esas raras tradiciones, de esas fiestas populares que se conservan en la comarca y aprovechamos esta oportuna coyuntura para felicitar á la autoridad eclesiástica por cuanto ha hecho para conservarla, y á la civil por su cooperacion en darla brillo y esplendor.

J. CORNANDET.

(Trad. A. L. de B.)

La traduccion del *Mundo ilustrado* se hace bajo la direccion del conocido escritor D. J. Segundo Flórez.

#### CORRESPONSALES DE ULTRAMAR.

|                             |                                        |
|-----------------------------|----------------------------------------|
| AREQUIPA . . . . .          | D. Manuel G. de Castresana.            |
| ARICA . . . . .             | Sres. Calmann y Riobó.                 |
| BOGOTÁ . . . . .            | D. Rafael Mogollón y Guzman.           |
| BUENOS-AIRES . . . . .      | D. Federico Real y Prado.              |
| CARACAS . . . . .           | Sres. Rojas, hermanos.                 |
| CARTAGENA . . . . .         | D. Joaquin F. Velez.                   |
| COBILIA . . . . .           | Sres. L. Durandean y Compañia.         |
| GUATEMALA . . . . .         | D. Pablo Blanco.                       |
| GUAYAQUIL . . . . .         | D. Luis Abadie.                        |
| GUAYAMA . . . . .           | D. Narciso Daussá.                     |
| HABANA . . . . .            | Sres. Charlain y Fernandez.            |
| LA PAZ . . . . .            | Sres. Gérard y Comp.                   |
| LIMA . . . . .              | P. Bailly.                             |
| MEXICO . . . . .            | Sres. Maillefert y Comp.               |
| MENDOZA . . . . .           | D. F. Civit.                           |
| MONTEVIDEO . . . . .        | D. Ventura Garaicoechea.               |
| PANAMÁ . . . . .            | D. José M. Aleman.                     |
| PUERTO RICO . . . . .       | D. Ignacio Guasp.                      |
| ROSARIO . . . . .           | Federico Reissig.                      |
| SAN FRANCISCO . . . . .     | M. Biesta.                             |
| STA. MARTA . . . . .        | D. José A. Barros y Comp.              |
|                             | D. Pedro Yuste y Comp.                 |
| SANTIAGO DE CHILE . . . . . | Libreria agencia del <i>Mercurio</i> . |
|                             | D. Ramon Morel.                        |
| SANTO DOMINGO . . . . .     | D. A. Bonilla.                         |
| SAN TOMAS . . . . .         | D. Luis Guasp.                         |
| TACNA . . . . .             | D. Clemente Bartibas.                  |
| TAMPICO . . . . .           | D. A. Gutierrez y Victori.             |
|                             | D. Santos Tornero y Comp.              |
| VALPARAISO . . . . .        | D. Nicasio Ezquerria.                  |
|                             | D. José Perez Anguita.                 |
| VERACRUZ . . . . .          | D. Juan Carredano.                     |



La fiesta de San Juan Bautista en Chaumont.—El Bautismo del Jordan en la plaza de San Juan, segun una fotografía de M. Victor Petit.

Paris.—Imp. de la Librairie-Nouvelle .A. Bourdilliat, 45, rue Breda.